


DANIELLE STEEL



UNA ENTREGA
ESPECIAL

PLAZA  JANÉS

DANIELLE STEEL

UNA ENTREGA ESPECIAL

A Tom,

por todos los momentos felices,

con todo mi amor,

d.s.

Índice

[RESUMEN 5](#)

[Capítulo 1 6](#)

[Capítulo 2 20](#)

[Capítulo 3 28](#)

[Capítulo 4 37](#)

[Capítulo 5 47](#)

[Capítulo 6 53](#)

[Capítulo 7 61](#)

[Capítulo 8 75](#)

[Capítulo 9 88](#)

[Capítulo 10 96](#)

[Capítulo 11 109](#)

RESUMEN

En una novela que aborda el desafío, las dificultades e incluso el humor que entraña volver a empezar, la laureada Danielle Steel cuenta la conmovedora y divertida historia de dos personas que descubren el amor donde y cuando menos se lo esperan. Jack Watson, de 59 años, posee una de las boutiques más sofisticadas de Beverly Hills, tiene una buena relación con sus dos hijos adultos y la posibilidad de relacionarse con las mujeres más bellas de Hollywood.

Capítulo 1

Las ruedas del Ferrari rojo chirriaron cuando giró en la esquina y entró pulcramente en el sitio donde Jack Watson lo dejaba siempre: el aparcamiento de Julie's, su boutique de Beverly Hills. Le había puesto ese nombre hacía exactamente veinte años en honor a su hija, que en aquella época tenía nueve. La tienda, al principio, cuando Jack decidió abandonar la producción cinematográfica, no era más que un pasatiempo, un entretenimiento.

Había sido productor de siete u ocho películas de bajo presupuesto que pasaron sin pena ni gloria, y los doce años anteriores había trabajado intermitentemente de actor. Su carrera en el cine había sido relativamente irrelevante. Todas las esperanzas y promesas no acabaron como había imaginado, sino más bien en una serie de desilusiones. Pero su suerte cambió por completo al entrar en el mundo de la moda, con la inesperada ayuda de un tío que le dejó algo de dinero. Sin proponérselo siquiera, su tienda se convirtió en un éxito. Las mujeres de Los Ángeles eran capaces de matar con tal de comprar en Julie's. Al principio lo ayudaba su esposa, pero al cabo de dos años Jack decidió que tenía mejor ojo que ella para elegir las prendas. También, para gran disgusto de ésta, tenía muy buen ojo para las mujeres que llevaban esas prendas. Todas las actrices de la ciudad, figuras de sociedad, modelos o simples amas de casa con dinero para gastar, querían comprar en Julie's y... conocer a Jack Watson. Era uno de esos hombres que no tenía que hacer el menor esfuerzo para gustar. Las mujeres acudían como moscas a la miel. Les encantaba. Y a él también.

Dos años después de abrir la tienda, su mujer lo abandonó; cosa que esperaban todos, menos él. Tenía que reconocer que durante los siguientes dieciocho años no la había echado de menos. Se habían conocido durante el rodaje de una película. Ella se había presentado a una prueba y se pasaron las siguientes dos semanas embarcados en una gran pasión en la casa que Jack tenía en Malibú. Él estaba muy enamorado y se casaron al cabo de seis meses, y ésa fue su primera y última incursión en el matrimonio. Duró quince años y tuvieron dos hijos, pero acabó con toda la amargura y el veneno con que, según él, terminaban todos los matrimonios. Durante los años siguientes, sólo una vez había tenido la tentación de volver a intentarlo con una mujer demasiado inteligente para querer atraparlo.

Era la única a quien había sido fiel, la única que le inspiraba el deseo de serlo. Jack, por entonces, tenía más de cuarenta años y ella treinta y nueve. Era una pintora francesa de mucho éxito con la que había vivido dos años. Había muerto en un accidente camino a Palm Springs, donde iba a reunirse con él. Jack creyó que jamás lo superaría. Por primera vez en su vida supo lo que era el dolor de verdad. Dorianne Matthieu era la personificación de sus sueños. Jack, en sus raros momentos de seriedad, aún manifestaba que era la única mujer que había amado, y lo decía en serio. Era divertida e irreverente, sensual y bella, y, a su manera, increíblemente extravagante. No le dejaba pasar ni una y decía que sólo una tonta se casaría con él. Pero Jack nunca había dudado de que lo quería de verdad. Y él la adoraba. Lo llevó a París para presentarle a sus amigos y viajaron a todas partes: Europa, Asia, África, Sudamérica. Los momentos que pasaban juntos para él siempre tenían un toque mágico. Su muerte lo dejó con un vacío tan profundo y

una sensación de pérdida tan abrumadora que Jack creyó que acabaría con él.

Desde entonces había habido muchas mujeres en su vida para llenar sus noches y sus días. Durante los doce años transcurridos desde la muerte de Dori, casi no había estado solo, pero no había vuelto a enamorarse. Y tampoco lo deseaba; para él, el amor era demasiado doloroso. A los cincuenta y nueve años, Jack Watson poseía lo que siempre había deseado: un negocio que no hacía más que prosperar y producir dinero.

Había abierto la tienda de Palm Springs antes de la muerte de Dori, otra en Nueva York cinco años después, y, desde hacía dos años, barajaba la posibilidad de abrir una en San Francisco. Pero a su edad no sabía muy bien si quería los dolores de cabeza de una nueva sucursal. Si su hijo Paul se decidía a entrar en el negocio... Pero hasta ese momento no había tenido mucha suerte para convencerlo de que dejara su propia carrera. Paul, a los treinta y dos años, era un joven productor de mucho éxito. Le iba mucho mejor de lo que le había ido jamás a su padre, y le encantaba su trabajo. Pero Jack desconfiaba profundamente de la inseguridad de la industria cinematográfica con sus desengaños casi inevitables. Habría hecho cualquier cosa para atraer a su hijo al negocio familiar. Quizá algún día... Pero, por el momento, Paul no quería ni oír hablar del asunto.

Paul estaba enamorado de su trabajo y de su mujer. Hacía dos años que se había casado y lo único que aparentemente le faltaba en la vida, o al menos eso manifestaba, era un niño. Jack ni siquiera estaba seguro de que le importara tanto, pero era evidente que a Jan sí le importaba. Su mujer trabajaba en una galería de arte, y Jack siempre había tenido la impresión de que se limitaba a pasar el rato hasta que llegaran los hijos. Para su gusto era un poco in-

sulsa, pero buena chica, y evidentemente hacía feliz a Paul. Además, era guapa. Su madre, Amanda Robins, era una actriz retirada hacía tiempo, una belleza legendaria. Una rubia alta y esbelta que a los cincuenta años aún conservaba su atractivo. Había abandonado una extraordinaria carrera de actriz de cine hacía veintiséis años para casarse con Matthew Kingston, un banquero muy serio y respetable y, para Jack, increíblemente aburrido. Tenían dos hijas muy guapas, una mansión en Bel Air y se movían en círculos de los más selectos.

Amanda era una de las pocas mujeres de Los Ángeles que nunca compraba en la tienda de Jack. En las contadas ocasiones en las que sus caminos se cruzaban, ella le hacía notar que no lo aguantaba. Parecía odiar todo lo que él era y representaba. Tampoco le habría sorprendido enterarse de que Amanda había hecho todo lo posible para evitar que su hija se casara con Paul Watson. Su marido y ella veían con malos ojos el mundo del espectáculo y estaban seguros de que a la larga Paul resultaría tan promiscuo como su padre. Pero no fue así. Paul era un chico serio y ya les había demostrado que era un marido serio y digno de confianza, y terminaron aceptándolo en el seno de la familia, cosa que no sucedió con su padre, que nunca había gozado de sus simpatías. La reputación de Jack era bien conocida en Los Ángeles. Se trataba de un hombre bien parecido que estaba en todas partes, famoso por irse a la cama con todas las modelos y jóvenes actrices que se cruzaban en su camino y que no se avergonzaba de ello. Era amable con todas —demasiado amable en realidad—, generoso, inteligente, agradable, una buena compañía y muy divertido. Las mujeres con quienes salía lo adoraban, y de vez en cuando alguna era lo bastante insensata para pensar que a lo mejor podía «pescarlo» para algo más que una aventura pasajera. Pero Jack Watson era demasiado listo para dejarse cazar. Las mujeres entraban y salían de su vida antes de

que tuvieran tiempo de empezar a dejar la ropa en su armario. Además, siempre era sincero con ellas: no hacía promesas ni creaba falsas expectativas. Se lo pasaban bien con él. Las llevaba a todos los sitios con que habían soñado o sobre los que habían leído, las invitaba a los mejores restaurantes, y, antes de que se dieran cuenta de lo que les estaba pasando, las dejaba y se iba con otra. Se quedaban con el recuerdo de una aventura agradable, aunque breve, con un hombre guapo y sexy al que les hubiera gustado retener un poco más.

Era imposible enfadarse con Jack, o estarlo durante mucho tiempo. Era puro encanto irresistible, hasta para dejarlas. De vez en cuando salía con mujeres casadas, pero siempre les hablaba muy bien de sus maridos. Jack Watson era un individuo divertido, fantástico en la cama y un playboy incorregible. No pretendía ni por una milésima de segundo ser otra cosa. A los cincuenta y nueve todavía parecía diez años más joven. Cuando tenía tiempo iba al gimnasio, nadaba a menudo en el mar —conservaba su casa de Malibú— y le gustaban las mujeres casi tanto como su Ferrari rojo. Lo único que le importaba de verdad, y era muy serio en eso, eran sus hijos. Julie y Paul eran lo más importante de su vida y siempre lo serían. La madre de sus hijos era un recuerdo borroso y, cada vez que pensaba en ella, todavía le daba las gracias por haberlo abandonado. Durante los últimos dieciocho años había hecho exactamente lo que quería, incluso mientras estuvo con Dori. Era un consentido, tenía dinero y un negocio boyante. Las mujeres lo encontraban irresistible y, encima, él lo sabía. Curiosamente, no era una persona arrogante y casi siempre estaba contento. Le encantaba pasárselo bien. Sus amantes solían describirlo como «adorable». Lo adoraban y él las adoraba a ellas.

—Buenos días, Jack —lo saludó el encargado de Julie's mientras cruzaba la tienda en dirección al ascensor privado.

Su despacho, completamente revestido de acero y piel negra, estaba en el cuarto piso. Lo había diseñado una famosa decoradora italiana, otra conquista dispuesta a abandonar a su marido arquitecto y a sus tres hijos por él, pero Jack le aseguró que si vivían juntos se volvería completamente loca. Cuando terminó la aventura, ella ya estaba convencida. Ver cómo funcionaba Jack en su pequeño mundo privado era apasionante y, en cierto modo, inquietante.

Sabía que arriba lo esperaba una taza de café y, más tarde, un almuerzo liviano. Consultó su reloj; había llegado una hora tarde al trabajo porque había ido a nadar al mar. Era enero y el agua estaba fría, pero hacía buen tiempo. Le encantaba nadar en el mar, su casa de la playa y el trabajo.

Aunque siempre tanteaba el terreno con las mujeres, en el trabajo era de lo más disciplinado. No era casualidad que Julie's fuese una de las pequeñas cadenas de boutiques más prósperas. Mucha gente le había propuesto que cotizara en bolsa, pero Jack aún no estaba preparado. Le gustaba tener el control y ser el único dueño. De esa forma no tenía que consultar sus decisiones con nadie, ni rendir cuenta a nadie. Julie's era la niña de sus ojos al cien por ciento.

En su despacho, tenía una pila de mensajes bien ordenados, la lista de las citas de aquella tarde y algunas muestras que esperaba de París. Eran maravillosas. Dori le había hecho conocer el milagro de las telas francesas, la comida francesa, el vino francés y... las mujeres francesas. Aún tenía debilidad por ellas. Gran parte de la ropa que vendía en Julie's era importada.

El intercomunicador sonó en cuanto se sentó y Jack pulsó el botón mientras miraba las telas francesas.

—Sí —le habló a la máquina con indiferencia, con esa voz que volvía locas a las mujeres, menos a Gladdie, su secretaria.

Lo conocía demasiado bien para dejarse impresionar. Hacía cinco años que trabajaba para él, y sabía todo lo que había que saber sobre él. Las mujeres que trabajaban en su oficina eran sagradas. Jamás se liaba con ellas. Era una de sus reglas inviolables.

—Paul está en la línea. ¿Quiere hablar con él o le digo que está ocupado? Su cita de las diez y cuarto llegará de un momento a otro.

—Que espere. —Se trataba de una cita con un mayorista de Milán que trabajaba con bolsos de lagarto y cocodrilo—. Cuando llegue entreténgalo unos minutos. Primero quiero hablar con Paul.

Si podía, siempre atendía a sus hijos. Levantó el auricular con una sonrisa. Paul era un buen chico y Jack lo quería mucho.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Te llamo para ver si quieres que te pase a buscar. ¿O prefieres que nos encontremos allí?

Paul, a diferencia de Jack, era callado por naturaleza, pero ese día parecía deprimido.

—¿Que nos encontremos dónde?

Se sorprendió de que Paul le ofreciera pasar a buscarlo. No recordaba haber concertado ninguna cita, y cuando

quedaba de verse con sus hijos solía recordarlo.

—Vamos, papá. —Paul parecía un poco exasperado y estresado. Era evidente que no le hacía ninguna gracia la respuesta de su padre— No es ninguna broma.

—No estoy bromeando —dijo Jack mientras dejaba los tejidos franceses y echaba una ojeada a los papeles que tenía sobre el escritorio para ver si le daban alguna pista—. ¿Adónde tenemos que ir? —De pronto lo recordó—. Vaya, Dios mío...

Era el funeral del suegro de Paul. ¿Cómo demonios se había olvidado? Pero no lo había apuntado y tampoco se lo había dicho a Gladdie, de lo contrario ésta se lo habría recordado la tarde anterior y esa mañana.

—Lo habías olvidado, ¿verdad? —El tono de Paul era claramente acusador. Era evidente que le fastidiaba— No puedo creerlo.

—No, no me había olvidado, pero estaba pensando en otra cosa.

—Tonterías. Te has olvidado. El funeral es al mediodía, y después hay un almuerzo en la casa. A la comida no tienes por qué ir, pero creo que estaría bien que fueses.

Su hermana Julie también había prometido asistir.

—¿Cuánta gente crees que habrá? —preguntó Jack tratando de reorganizar las citas de la tarde.

No sería fácil, pero como era importante para Paul, lo intentaría.

—¿En el almuerzo? No sé... conocen un montón de gente, probablemente doscientas o trescientas personas.

Jack también se había quedado sorprendido de ver más de quinientas personas en la boda de su hijo. Había ido gente de todo el país, sobre todo invitados de los Kingston.

—Entonces nadie echará de menos mi presencia en el almuerzo —dijo Jack con sentido práctico—. Gracias por tu ofrecimiento de venir a buscarme, pero nos veremos en el funeral. De todas formas, seguramente tendrás que estar con Jan, su madre y su hermana. Yo estaré por allí.

—Asegúrate de que Amanda te vea —le sugirió Paul—. Jan se disgustará mucho si su madre cree que no has asistido.

—Su madre, en cambio, estará más contenta si no aparezco —rió Jack, que no se andaba con rodeos sobre la animosidad que había entre ellos.

En la boda de su hijo había bailado un par de veces con Amanda Kingston, pero ella, sin pronunciar palabra, había dejado muy claro que Jack le caía francamente mal. Como todo el resto de la ciudad, solía leer cosas que los periódicos publicaban sobre él. Amanda, desde que se había retirado del cine, había adoptado el criterio sobrio de su marido: la gente debía salir en los periódicos cuando nacía, se casaba o moría. Jack aparecía porque lo habían visto con tal actriz medio famosa, con alguna *starlet* en ciernes o por haber organizado alguna juerga sonada en Julie's. La tienda era famosa, y él también, por las fabulosas fiestas que ofrecía en honor de los diseñadores y clientes. La gente se moría porque la invitaran, lo que sin duda no era el caso de los Kingston. Como Jack sabía que no asistirían, tampoco se molestaba en invitarlos.

—En todo caso, sé puntual. Si pudieras, llegarías tarde a tu propio funeral.

—Cosa que no sucederá en el futuro inmediato, gracias a Dios —comentó Jack mientras pensaba en el ataque de corazón que había acabado con Matthew Kingston.

Había muerto hacía dos días mientras jugaba al tenis, y era dos años menor que Jack. Amanda acababa de cumplir los cincuenta. Sus compañeros de juego habían hecho lo posible por reanimarlo, pero en vano. A los cincuenta y siete años, lo lloraba su familia, toda la banca y la gente que lo conocía. Pero a Jack siempre le había caído mal. Pensaba que era pedante, retrógrado y aburrido.

—Nos vemos en el funeral. Tengo que ir a recoger a Jan a casa de su madre. Ha pasado la noche allí.

—¿Necesita algo? ¿Un sombrero? ¿Un vestido? Puedo pedirle a alguna de las chicas que escoja lo que haga falta y tú lo recoges de camino.

—No, no hace falta —sonrió Paul. Su padre a veces era un impresentable, pero era un buen hombre y Paul lo quería— Creo que Amanda ya se ha ocupado de todo. Está destrozada por lo de Matt, pero es increíblemente organizada. Es una mujer asombrosa.

—La reina de los hielos —dijo Jack. Se arrepintió inmediatamente, pero ya era tarde.

—Es muy desagradable decir algo así de una mujer que acaba de perder a su marido.

—Lo siento. Lo he dicho sin pensar.

Pero no se equivocaba tanto. Amanda siempre parecía bajo control y absolutamente perfecta. Sólo verla, provocaba en Jack unas ganas irresistibles de despeinarla y quitarle la ropa. Incluso en aquel momento, mientras colgaba el te-

léfono, la idea le pareció divertida y pensó en su consuegra, cosa que hacía muy raramente.

Lo sentía por ella. Todavía recordaba demasiado bien su propio estado tras la muerte de Dori; pero la suegra de Paul tenía algo tan frío y distante que costaba tenerle lástima de verdad. Era insoportablemente perfecta y seguía tan guapa como cuando dejó el cine, a los veinticuatro años, para casarse con Matthew Kingston. La boda había sido todo un acontecimiento de Hollywood y de la alta sociedad, y la gente hizo conjeturas y apuestas sobre cuánto tiempo tardaría en aburrirse y volver a las pantallas. Pero no volvió. Conservó su helada belleza y dejó su carrera para siempre. No resultaba difícil imaginar que Matthew Kingston tampoco se lo habría permitido. Se comportaba como si fuera el dueño de Amanda.

Jack abrió el armario del vestidor y se alegró al ver que había dejado un traje oscuro. No era uno de sus favoritos, pero al menos servía para la ocasión. Las corbatas que encontró en su pequeña colección para emergencias, sin embargo, eran todas rojas, azul eléctrico o amarillas. Se dirigió al despacho de Gladdie.

—¿Por qué no me recordó lo del funeral? —la riñó sin convicción.

No estaba enfadado y ella lo sabía. Jack era una de las pocas personas que asumía sus propios errores, una de las muchas razones por las que a Gladdie le gustaba trabajar para él. A pesar de su fama de juerguista e irresponsable, ella lo conocía muy bien. Como jefe, era amable, generoso, fiable... Ser empleada suya era un auténtico placer.

—Pensé que ya lo tenía resuelto. ¿Se había olvidado? —preguntó Gladdie con una sonrisa.